

## Robin Myers

(Nueva York, 1987) poeta y traductora independiente radicada en la Ciudad de México desde 2011. Licenciada en letras inglesas por parte del Swarthmore College (Pennsylvania, EE.UU.) Autora de los libros *Amalgama (Conflations)* publicado por Editorial Antílope en 2016, *Lo demás* (Argentina, Zindo & Gafuri, 2016; España, Kriller71, 2016) y *Tener (Having)* publicado en Audisea editora, Argentina 2017. Varios de sus poemas han sido traducidos al español y publicados en las revistas Letras Libres, Tierra Adentro, Punto de Partida y Laberinto (suplemento cultural de Milenio), entre otras. Tradujo a Gonzalo Rojas, Luis Cernuda y algunos jóvenes poetas latinoamericanos, como Ezequiel Zaidenweg (Argentina) y Hernán Bravo Varela (México).

## Luz

*"Yo creo que al final es todo luz; creo que es aire"*

--Larry Levis

Yo creo que al final es todo luz. Pero no, finalmente,  
porque sea algo hermoso o temporario, ni siquiera solemne. Una vez,

con un hombre del que estaba enamorada, fuimos al bosque a caminar y de repente comenzó a llover.

No estaba en nuestros planes. Pero igual le encantó; él era de Wyoming,

y estaba acostumbrado a amar aquellas cosas que el mundo decidía que podía manejar sin previo aviso].

Sacudía los árboles la lluvia. Convertía el sendero en un riachuelo, levantaba la tierra,

y a mí me parecía que jamás volvería a estar seca. Pero cuando llegamos hasta un risco y miramos abajo, en dirección al valle, vimos que el sol se abría paso a través de las nubes

que antes lo ocultaban: súbitamente, la tormenta era una tormenta de luz.

Se tiñó todo el valle de un naranja profundo, los árboles brillaban doblemente:

antes por el otoño, ahora por el sol. El hombre contemplaba, asombrado, el barro reluciente ante nosotros.

Yo creo que al final es todo luz, pero no porque cambie lo que toca.

Yo creo que él creía que estar ahí

nos convertía a ambos en parte del paisaje –y me tocó la cara, donde tenía lluvia todavía, y quizá algo de luz-; y también me parece que creía

que de algún modo éramos responsables, en el sentido, al menos, de que siempre lo somos de las cosas que decidimos ver. Yo creo que al final es todo luz,

no, sin embargo, porque nos bendiga o nos borre: sentí, al bajar  
por la ladera, una especie de incómoda ternura por el cuerpo

que tenía a mi lado, este hombre cuya mano había tocado mi piel,  
como si de verdad todo esto se tratara de su mano y mi piel; cuyo amor por el mundo

siempre será más fuerte cada vez que pose la mirada sobre él y mire cómo el sol  
resalta todo aquello que él sabe verdadero. Pasamos por al lado de un arroyo

salpicado por esquirlas de luz, como si fueran peces.

Vimos la luz filtrarse por el aire. Y así vimos el aire. Yo pienso que al final es todo luz, pero tan  
sólo

porque no guarda relación alguna con nosotros, no nos puede ayudar,  
tan sólo iluminarnos, de la misma manera en que ilumina una fila de árboles,

una ruta desierta, sábanas arrugadas al amanecer tras la partida del amante.

Pienso que es todo luz, porque nos encendemos y después nos apagamos,

luego nos encendemos otra vez, le demos importancia  
o no a ese hecho. Porque no. No podemos.

*Traducción de Ezequiel Zaidenweg*

*Publicado en Laberinto, suplemento cultural de Milenio*

*Publicado en inglés en Tupelo Quarterly*

## La flor nocturna del cactus cirio

Cuando llegué arriba, ya casi había terminado  
—la flor que, según dijo mi casero mientras se asía tambaleante  
de la baranda del balcón, con el rostro encendido, fervoroso, un poco borracho,  
sólo se abre una noche al año. Ya casi terminó, dijo,  
agitando la mano hacia el horizonte, que se iluminaba mientras hablábamos,  
abriéndose ante los ojos del oculto sol mientras la flor  
empezaba a recluirse dentro de su propio y extraño secreto. Una vez al año, repitió.  
Extendió una mano cautelosa y torpe para tocarla —blanca y amarilla.  
más o menos del tamaño de un rostro humano, si lo humano  
aún creciera, si aún fuera nuevo en este sitio oscuro  
que se ilumina, como siempre esperamos, al hablar. Es bello,  
dijo convencido, porque eso que siempre está por terminarse  
casi siempre es, y porque siempre necesitamos recordar  
que fue, una vez que terminó. bello. Cuando le toqué el hombro,  
le agradecí y me fui abajo, dejándolo allí, todavía reclinado  
en la enredadera, con el rostro oscurecido por la ebriedad del asombro  
y el anticipo de la pérdida, la flor era más o menos del mismo color

que las nubes que florecían a la distancia, y escuché que volvía a decir

¡Miren, ya casi terminó! Y así era, refiriéndose tanto

a eso que siempre ya ha terminado, y a eso que nunca llega a ser.

*Traducción de Mirta Rosenberg*